



POR
Gabriel
L ó p e z
C h i ñ a s

ILUSTRACIONES DE
Francisco GUTIERREZ

edición vinnigulasa

1943

ZAPOTECO

Jeremías LOPEZ CHIÑAS

CASTELLANO

Gabriel LOPEZ CHIÑAS

INGLES

José VAZQUEZ AMARAL

MACH
APARTADO POSTAL 7-854
MEXICO 7, D. F.
MEXICO

#5.00

VITU LUU: (1)

Oyelas ahora: son las palabras
que nos dijiste un día en tu re-
gazo.

(1) VITU: Zapotequizaación de Victoriana; LUU: pa-
tronímico zapoteco.

1884256

LA Muerte, reverso de la Vida, vedó a Jeremías López Chiñas acariciar los frutos de su labor como escritor en lengua zapoteca. Supo, no obstante, el valor y alcance de su obra. Palabras cabales y giros olorosamente zapotecos componen el texto de esta leyenda que pasa desde hoy a la perennidad del clasicismo. La sangre y la voz le la raza le ungieron sabiduría luminosa para labor tan afortunada.

Poseedor de los misterios de la Lengua; poeta sensible y narrador agradable, Jeremías López Chiñas entrega en contenido magnífico insospechadas bellezas del idioma zapoteco.

Estudio especial merece la obra de este magistral escritor a quien no es posible eludir al emprender labor de tal naturaleza.

Por ahora, sólo expreso el lamento de mi generación ante el menoscabo que sufrirá la cultura zapoteca con la ausencia del artista exquisito.

¡Jeremías López Chiñas, para ti la bendición eterna de los antesapados!

ZAPOTECAS;

Voy a contarles, en nuestro Zapoteco puro, dos palabras que hablan de Conejo. Palabras que contaron los antiguos a sus hijos, bajo la luna, mientras el alcarabán cantaba en los linderos de Juchitán.

Conejo es un animal pequeño, de cola corta, ojos saltones, orejas largas y sabrosa carne. Corre entre hierbas. De aquí que los ancianos también lo llaman: carne de la maleza como hoy todavía hay quien llama a Coyote: Perro del Diablo.

Nadie sabe por qué los antepasados le atribuyeron demasiada inteligencia. No hay dónde no ver la treta que le hace a Coyote; también engañó a Lagarto, engañó a Tigre, engañó a todas las bestias de la selva. Con esto digo todo: sus manos labraron un día la treta en donde cayó el hombre.

Escuchen ahora, niños y hombres: los niños, para que aprendan; los hombres, para que cuenten este cuento a sus hijos, bajo la luna, mientras el alcarabán canta en los linderos de Juchitán.



Digitized by the Internet Archive
in 2014

<https://archive.org/details/conejoycoyote00lope>

CONEJO y

COYOTE

Por
Gabriel López Chlñas

APENAS se conocieron, fueron enemigos Conejo y Coyote. Los bosques de Juchitán sintieron estremecerse más de una vez con sus luchas. Y no pocas veces se hicieron propicios a ellas.

Una mañana, mientras el sol se cuajaba, verde, sobre los montes, y revoloteaban en el aire los cantos de los pájaros, Coyote, cargado de venganza, buscaba en tierra las huellas de Conejo. Precipitándose a sus ojos



apareció de pronto, sentado al pie de un gulavere (1). Lo inesperado del encuentro y la cercanía de Coyote, nulificaron a Conejo todo intento de fuga.

—¡Lo que es este día, te comeré, porque te comeré! —aulló Coyote.

—Imposible que me comas, amigo —contestó Conejo—; yo sé que te agradará hacer aquí lo que yo hago. Escucha: oculta a nuestra vista por los árboles, se alza próxima

una escuela con numerosos niños; el principio y el fin de sus labores los anuncia esa campana que ves colgada en la rama alta de este árbol —y le mostraba, levantados los ojos, un panal que balanceaba su fragilidad en el aire lento de una rama. Yo, hombre de no pocos méritos, estoy nombrado para dar los toques. ¡Oh, qué gusto aletea en mi alma la voz de esta campana! ¡Qué placer contemplar los niños en mil diversos juegos! Las niñas, que también las hay en esta escuela, cortan flores y persiguen mariposas. ¡Qué bello es mirar correr las niñas por la pradera! ¡Parecen mariposas a lo lejos! Dime, Coyote, ¿no te agradaría quedar en mi lugar?

—Eso sí que es hermoso, replicó Coyote, con un vaivén de gusto en la cola.

—Entonces, hasta luego.

Apenas la ausencia retiró a Conejo, Coyote sintió el deseo cosquillear en sus manos. Ansioso, agitó con fuerza el tronco. Las ramas sacudieron sus hojas y el panal desprendió un racimo de avispas. Una nube de aguijones envolvió a Coyote; desparovido, hinchado de ardor, penetró el bosque.

—¡Ahora sí te como, porque te como!
—amenazó Coyote a Conejo al pie de una colina, cuando la obscuridad encendía en el cielo las estrellas.

—¡Alto ahí! ¡quién vive? —detonó en el aire la voz de Conejo intimidando a Coyote con una caña seca que apenas tuvo tiempo de recoger en el suelo. ¡No te acerques demasiado, porque hago fuego!

La actitud bélica de Conejo disipó la amenaza de Coyote.

—¿Qué haces aquí, amigo Conejo?

—¡Silencio! ¡No te acerques! Ahora, atiende. —Y poniéndose firme, el fusil fingido vertical al lado, la voz grave, comenzó: —Tú nada sabes de lo que en este instante vas a saber: Yo, monto guardia en este lugar; la provincia se halla en guerra con una provincia extraña y todos los ciudadanos estamos comprometidos a defenderla con nuestra sangre y nuestra vida. Mira —y le señala el cerro próximo sobre el cual los cocuyos y las luciérnagas parpadeaban copos de luz—, allí está el campamento y los hombres están alertas. No tardará en aparecer por aquí el enemigo quien, según informes obtenidos, es poderoso y bien equipado. El

choque será terrible. Los arroyos límpidos que surcan estos campos se teñirán de sangre y nuestras voces de ira o de dolor apagarán las voces de la selva. Si tú quieres morir, avanza y alístate. Pero es preferible que dejes este trabajo a los hombres como yo, aventureros. Tú, regrésate a vivir en la dulzura y paz de nuestros campos. ¡Aléjate de aquí lo más que puedas!

Temeroso, empequeñecido el corazón, Coyote agradeció a Conejo y trotó en busca de tranquilidad.

Una sonrisa burlona se arrugó en los labios de Conejo que, agradeciendo a Dios, se hizo más pequeño entre las hierbas.

Un latir de vida entre las ramas, Conejo columpiaba el atardecer en su alegría, desde un morro (2). De repente, un aullido peligroso trepó el tronco y sincronizó la copa:

—¡Ahora sí te como, porque te como!

—¡Qué me vas a comer, hombre! Mira cómo entrechocan en estas ramas los zapotes su olorosa y dulce redondez. Piden bocas que los prueben. Como tú no puedes subir para alcanzarlos y yo quiero conducirte bien contigo, desde aquí te echaré algunos.

Coyote abrió la boca, hasta dolerle, de estiradas, sus mejillas.

Uno, dos, y hasta tres voluminosos morros le arrojó Conejo. La verde solidez se apretó en su garganta y la tos de la asfixia lo convulsionó irascible.

Conejo, una pluma de liviano, se echó al suelo y saltó en la noche.

En diez ojos centelleó Conejo para cuidarse. Uno de ellos reflejó a Coyote al enfilar sobre el arco pétreo del cerro. Astuto, rápido, se inclinó como un horcón contra una roca; los brazos dos débiles pedúnculos próximos a romperse bajo el peso de la mineral corola.

—¿Qué haces así, Conejo? —preguntó Coyote.

—¡Constérnate, hermano, este es el nudo por donde el mundo puede desatarse al infinito si no hay quien lo sujete! Dos días llevo estirado en la tarea y el hambre, la sed y el sueño pugnan por vencerme. Ayúdame un momento, en tanto escalo la falda de ese cerro en que se empina el cañaveral —y con la punta del dedo le llevó los ojos hacia un carrizal que tiraba líneas verdes

en la altura. Cortaré para ti las más dulces cañas.

Un ruido quebradizo chisporroteó en el aire y en la boca de Coyote babeó el gusto.

—¡Qué jugosas cañas ha de estar cortando para mí Conejo! —exclamó— y cinco de fuerzas le subían a las muñecas para sostener la roca.

Como un ardiente parpadeo bajó la llama que prendió Conejo sobre el cerro. Coyote, temeroso de que se desprendiese el mundo, seguía apuntalando, hasta que una esquirra de llama le chamuscó la cola.

No se sabe en qué pueblo, ni en qué montaña, ni en la salada playa de qué mar, o en la ribera de qué río de Juchitán el Catolicismo exuberante amnistió a los rivales. Tampoco se sabe la fecha, ni el año, ni el siglo. Sorprendió de repente el hecho de que eran amigos; uno al lado del otro. Coyote habíase ordenado sacerdote. Conejo, bucólico, gustaba más recorrer los campos, contemplando el sol o la luna iluminar el suave olor de los maizales.

Recostado sobre el cerco azul de mantos que rodea su casa, respirando aire húmedo

de la tarde acabada de llover, indiferente a las voces de los niños que persiguen virishia (3), Coyote platica a Conejo su próxima ausencia:

—Partiré en breves días a un pueblo cercano que me pide como párroco. No puedo prescindir de ti y quiero llevarte de monaguillo.

—Está bien, iremos —contestó Conejo regocijado.

Por todo el camino la vegetación prodigaba sus flores y sus frutos. Cantos frondosos de pájaros escapaban de las ramas. De cuando en cuando, mugidos tiernos de ganado asomaban por las veredas. Así viajaron los amigos una mañana blanca de sol, hasta pisar el labio líquido del río que limita el pueblo.

La ribera opuesta exhalaba voces de fiesta. Dentro las casas colgaba envainado el filo de los machetes, porque los hombres no salieron a las milpas.

—Contempla, amigo Conejo, el júbilo del pueblo por nosotros. La música pintada de banderolas flota en el estallido humeante de los cohetes. Por algo quise que vinieses.

Todavía una cinta fina de agua le moja-

ba las patas a Conejo y éste ya se abstuvo de andar.

—Mira, Coyote, cómo el río es ancho y hondo y yo pequeño y sin poder nadar. Conduceme sobre tu lomo.

Jinete y caballo los encontró la clara voz a media anchura:

—¡Qué joven sacerdote le llega a nuestra iglesia!

—¡Qué pequeño de cuerpo y qué gracioso! Tieso de indecisión se suspendió Coyote un breve instante sobre la corriente.

—No hagas caso, Coyote amigo, decide. Conejo malicioso; continúa nadando y ya explicaremos.

Apeóse Conejo y el tumulto de lino y muselina (4) lo envolvió exaltado. La voz grave, ordenó llevasen su caballería y le diesen en abundancia el mejor zacate.

Nadie dió crédito a las explicaciones de Coyote, quien, apalancando el suelo con las patas, lanzaba anatemas en el extremo tenso de un cabestro.

Duró atado Coyote lo que tardó su coraje en romper la cuerda. Enterado Conejo de la fuga, pregonó por los barrios que cualquier extraño sospechoso que rondase el curato al asomar la noche, fuese cogido y apaleado sin piedad. Coyote, que no supo la noticia por haber estado oculto en el bosque, se acercó con su venganza, al anocheecer, por el curato. Los vecinos que lo vieron, ejecutaron en él la sentencia.

La luna abría un día sobre la noche. En la copa ancha del bosque, el cenizote sacudía un racimo sonoro de tónico. Coyote, solitario, remontaba kilómetros de camino real, la cola peluda borrándole las huellas.

(1) Gulavere: Arbol silvestre cuyos frutos en racimo semejan uvas transparentes. Contienen una goma natural de calidad insuperable, de sabor dulce algunas veces.

(2) Morro: Arbol con cuyos frutos se hacen las jicaras. Por la forma y tamaño de los verdes frutos, parecen zapotes.

(3) Virishia: Palomitas de San Juan.

(4) En el Istmo los hombres visten de blanco. Las mujeres, muselina negra, roja, guinda, morada. Aunque llevan "enredo" todavía, por fortuna, algunas mujeres nuestras, su huipil es de aquella tela.

VITU LUU

Vikáa diagalu ni yanna: ndii nga diidcha viuinelu
laadu ndani náálu dchike.

VINNIZA

Chigüe niaa laatu, Diidchaza dóo shtúkanu, chupa shtiidcha Lexu; diidcha viuinee ka vinnigola xiiñika lu gueela veeu, láaga kanayunnda verelele ike guidchi Guidchigüiêeshuva.

Lexu nga hravikave ti mani uiini tipi hruxoñe shpella. Nganga hruni laaka gudchi ka vinnigola laade guiishi, nayaande lu, ziuula diaga, ne nanixe láame: Vellaxaguiishi, skasi nuuru tu hravi Gueu: Shpikkuvinnidchava.

Guiruti ganna xiñee na ka vinnigola napame shtale guendaviani. Kiguinni parâ ki zuuyatu kadi gudchiteme Gueu; laaka gudchiteme véeñe, laakaka gudchiteme veedche; gudchiteme guirââxexe maniguiishi; ma hrave ni laatu: dedepe vinni kadi nilá lunáame.

Yanna lagukâa diaga, nauiini naroo: nauiini la? Ti guiziidini; naroo la? Ti kadi guiaanda güineeni xiiñi lagueela veeu, láaga kayúunda verelele ike guidchi Xavizende:

LEXU NE GUEU

POR JEREMIAS LOPEZ CHIÑAS

VIZAKA lu ti Lexu ne ti Gueu. Karuli ka guiluxe gakaviasáa Lexu ne Gueu, maala hruiya láana tovi shtovi. Shtidchikeka guzavinanda Gueu Lexu laade guíishi, hraguigu, hraneza.

Ti siadóo, viaá ziyasati guvidchaka, viaá ma hrizulu kayúunda guiráa maniuini, gu-díidi Gueu ziyatixiana nanda lu shtuuva Lexu. Ngueti maala viiyame láa zuva xana ti gulavere. Chauiduga vidchiña Gueu gaxadóo... Lexu ma kiñanda nuxoñe.



Yannadchi zaua líi, ne zaua líi, na Gueu.

Uadchiua chitoulu náa vichi, ná Lexu vikavi, nanna zakne ladchilu gannu xi kayune hrarii. Vikáa diagalu náa: laade guíishika nuú ti yoo hra hrigunnda vaaduguíichi. Náa nga hrukaa guiva hra guíúkave ne hra guirékave; viiya guivalee nanda hrakaa —na kului náá ti liidchi vizundí, mva mvati hrunivi vi láa— ¡Ñannapelu paviati nga hrikite ladchidua skasi suluu gukaa guivaka!

Ñuyalu guiráá shkuidiuni: skasila vaadu nguiu sakeka vaadu dchapa, ma kanache-saka laade guiée, paká ma kananazeka vīguidí. Ñuyasilu paviáa hrireguitekani lu guixi nagáa; dezitu la? ninapelu vīguidí láakave. Yanna yaá Gueu, ki hrukinde ladchilu ñakalu náa la?

—Nga uaxa sikaruxa, na Gueu guzulu kunivi shuváana.

—Yanna ma ziaá, sikaru guiaáanalú, na Lexu viree zée.

Karulika guixele chauí Lexu, ma guzulu kului ladchi Gueu guká guiva. Yegunivi guxoñe yaga hra nanda lidchi vizuke; viya-nda ka dcha vizundí, guzeka guiduvi ladi tivinni. . . ¡Viáarii ike laaga Gueu, ki ganda guinaa viazi guíishi!

Yanna uaxa zaua líi, ne zaua líi, vikaa Gueu hridchi Lexu kue ti daani viaá zikan-dati lu miatika.

—¡Hrakaaka dchee! ¡Tu shpinni líi!, Na Lexu náaze ti ndaa vixia ni gundisa gasi layuu. ¡Ki chi guidchiñu, paká zaguive guié guivarí luguiou!

Xi vizuluxa Gueu dchandií ni na Lexu yaá. Vikavi guxoñe ndaá:

—Jáa, xi hrunnu hrakaa Lexu vichi.

—¡Vigani! ¡Guzuua dhii, ne vikáa diá-gu náa! —Guzuua Chauí ndaá Lexu, gunazechauí shkiva, ne vichaavi yanni—: Líi ki gannu gaxti njá, náa nga kayapa hrarii, guidchiri nuundinde nee shti guidchi; guirááxexe vaadunguiu napa xi gukálu, neka gati guiráá tu ma viganda shii. Víiya daani hrika guuyu: hrakaa nga hrii shpinnidu, guiráá neshena —hrului náa ndaá ti daani nuú gasha, daapa vakuzagui—. Guleza guuyu nagasi ma zeeda vinnika, nakave vinni virii nga, ne nakave guirááka nazeka guiva chauí. . . Palla guidchelasáadu la? Zaxid-chilaa guíishi hri yannadchi; zuxoñe guiigu hrini hrarii. . . ¡Tu nanna pavizúu layuu chindaa shtidchi miati yaá! . . . Palla hrakaladchu gatilu la? Gudaa ne gútana; ne palla hrakaladchu guivanilu, skasi uazalu ndani ka guíishi hri, nipe tu guchiiña líi la? Vixe-le vichi, visana miati hrarii, miati vinni dchivadi láa, vinni kanayée nisa lu vandaga.

Viaríti guka ladchidóo Gueu skasi gun-na paviaá naxoo nuú hrazuuake.

—Diuxkixepe líi vichi, na Gueu viree zée.

Skasi víxele Gueu vixidchiuini Lexu, vindapi náa guivaa, ne viazi laade kadchi guixivatáa.

Lu ti yaga guituxiga nagáa, kanaguite Lexu ti uadchi. Ngueti maala guluvedche manike. Skasi ni vidchá ti xiga nisa guka Lexu.

—Yanna uaxa zaua líi, ne zaua líi.

—¡Pará chitoulu náa yaá vichi! De numvape nga hrave pará nuú hrua Gueu viche hrarii yaá. Víiya guiráa viaui hri, dedepé-zitu kandá nashika. Vishele hrualu gusava chupa goulú.

¡Jajoo! Vishele ndaga ndaá Gueu hrua, dedepe gucheyúva dchitalaya.

Chonna guiduvi guituxigake vizindáa Lexu ndani yanni... Guzulu ndaá kakavie-ke kayáaga yanni... hrakeka nuú guritaá.

Duuvitika guka Lexu vietetii ziguxoñe.

Chíi vizalu Lexu kundáachi Gueu yanna. Ti dchi maala viuinni Gueu zedayete ike ti daani... Ma ki ñanda nuxoñe Lexu. Ni víni ti vikáa náá guxoñe ti guie ngola, ne guiráaxexe shtipa. Hrului dchichipe nga palla nixeleme hrake niréyande guieke.

—¡Jáa! Xi hrunnu hrakaa Lexu, na Gueu

—¡Vixuvadonda vichi! Palla guie hri guiréyande la? Maakape vinitilú guirááxe-

xe Guidchilayú. Ma chupa guvidcha ki uayase, ki uayaua, ki uayee nisa, kukueza guie ngola hri. Gukanee náa, vichi, ti ganda chin-duza chupa ndaa nite guidusakanu —hruy-ya ndaá xalagaga ti guíishi guvaguí kaa kue daanike—; maka nannalu, ka ni nana-shi dchiñake nga guikalú.

Kadi uadchi xadchi zée Lexu ma guzulu kaxidchi guíishi: prá, prá, prá... ninápelu hra kalúuza nite. Hridaa nisa hrua Gueu kaxuílu kayáasa nite nashi.

—Xike ma shtale guluuza Lexu yaá, na Gueu, hrixiñaa lu kuka náa dcha guie ngola.

Ngueti maala viuinni ti vele hróo... Skasi Gueu guka ladchi nuxoñe ¡di! veda-silu láa ki zanda gasha náa kue guieke, paká maka viluxe Guidchilayú... Hrakeka puú viganda veleke shuváana, ziree guite ndaá zée.

Nanna xi shkidchi vidóoke yaá, nanna xi kue daanike, paká hrua xixa nisadóo ngue; ñandaka ñakani hrua xixa guiigu shkidchinu, hra guindaa shtiidcha Diuxi, ni vedane ka dcha dchuu shagaraxi vizuua krú hra guiigu hra neza. Zakeka guiruti uyan-da guiete naladchi xi dchi nga gukani, xi veu ne xi iza. Ni uandí uaxa la? Maala'

víiya vinni Lexu ne Gueu, nuúnu tovi shtovi, skasipe chupa víichika, ki guinni pará kadi kanazaaka sáaka. Gueu ma naka Gueédche. Lexu skasi láa: guiráá dchi hrire zaa ndani guíishi, ma kanakite ladchi lu guvidcha, paká ma zée uashinni lu gueelaveu, laade guela. . .

Kandá nashi yu, ma gudíidi nisaguie ma zenée vi guiáa láa, ni hrakasi hridchi kanananda shkuidi virishia. Hrulupe nga ti lappa guiráá lu guiée nague lée lidchi Gueu; hrake nga nesheneme Lexu, guzulu kayui-kame diidcha:

—Nuú ti shkidchi vidóo gasha hrarii, kanava hrua vinnike náa chaá chegappa shiudu, na Gueu, zakiñendá ti shkuidi guikavi mixaa. . . ¿Ñe ki hrului ladchu ñuúkanu la?

—Lugaká, na Lexu, visiande chauí lu. . .

Guiduvi neza kayele guiée, kayaa kuananashi; guiráá lu maniuini kanapapa, kanayunnda laade vandaga nagáa; mva mva-ti hrividchia yuze uiini kaxii jña ndanika lée nuú hrua nezake. Ñuuyape tu nga pavíaa sikaru dchi ke. . . Zezakave, zezakave, maala yendákave hra didi ti guiigu hróo.

Cheguiiguke nuú skasi ti hrarakadchii-ña, kaxidchi sáa; guirutí ñee hrañáa dchi

ke, ngue hruni skasi vaadunguiu, skasika vaadudchapa navakika lariróo shtika.

—Viagúuyu nga Lexu vichi, paviáa sikaru kaveza vinni guidchi hri láanu; víaa sáaka, víaa guiráá vaayuka, víaa guiráá guiée ne guiráa kuananashika. . . Nganga hruni gudche líi guiúpakanu. . .

Karulika guganda nisa decche vatañée Lexu ma ki náa sáa.

—Víaa Gueu vichi dunave zía guiigu hri ne dunavepe naláágani; viyasi paviati nga náa; ñe ki ti ndíisi nuká déechu náa yaá.

Skasi ti shtianu dchiva maani, vichagalu vinnike Lexu.

—Víaa gúyatu, na miatike, nauinigui-chu Gueédche chegapa shiudukanu.

—Víaa nga, na shtovi, paviáa nga na piipidove.

Gúleza dchii Gueu lu nisake ma ki guidchela xi guni.

Kadi guizaá ladchu vichi, na Lexu, guxuva; napa kave xi gannakave tu líi.

Skasi guchesa Lexu gulúu guiráa vinnike lée láa. Viyuviluu guxoñe ti vaadunguiu nadipa guinaáze lu shtoo shmani, ne vikáa hridchi gatta shtale guixi lume.

Máa guirutí nuká diaga shtiidcha Gueu;

para láa gukaladchiru nuká ñée yu, kaguu dii Lexu.

Nanna vanda guvidcha ngue gukua Gueu yaga yaá. . .

Ti dchi gunna Lexu ma vichugu Gueu doo. Naga, naga, vicheeche guxoñe diidcha: “Skasi guishinni layuu guigaá tutisi gúya-kave kundáachi neza hra Yudu, ne chúu gunishi palla láa kadi guiníi xi kanayuni”...

Shti gueela maala vidchiña Gueu ziyuvi Lexu; ki nindaá diaga diidcha zavi ndani guidchi. Gunaaze ndaá vinnike láa visava-náá deche viaá gundatii. . .

Nuú gueela veuke skasipe ti hridchii; ike ti yaga hróo zuva ti sunsonte kayúunda guiráa guizá; zéé Gueu ti neza shtuvilucha, zixuvi shuváana layuu.



VITU LUU : (1)

Now harken:

'This the same soft-worded tale
you once dropped into our ten-
der ear while we rested on your
lap.

(1) VITU: A Zapotec transformation of the Spanish
first name Victoriana; LUU: Zapotec patronymic.

INTRODUCTION

LO! We are come to the land where men and goods speak the same divine tongue. Human speech wherein song is a continual play of smiles. Voices issue from points beyond the horizon. Suddenly, in night primeval, like an idol squatting in the mist, the stone-curlew pierces the fierce breast of mythology with his golden eyes.

The poet who understands the mysterious voices of the South, unearths buried memories — records in jade, brought from no one knows where, or in turquoise, escaped from the night of the sea, from the Juchitan (1) beyond praise which parades the gala attire of an unmingled light of pure poetry. There can be nothing more childish than its anxiety nor can anything plunge it deeper into the abyss of

(1) **Juchitán:** The Zapotec Capital of the Isthmus of Tehuantepec. The word **Juchitán** is a corruption of the Aztecs **Inquisuchitlán**, translation of the Zapotec **Guidchiguishubba** which means "town of the white flowers", a reference, no doubt, to the jazmin of the Isthmus of Tehuantepec.

the soul than the long sob of the bird hidden amongst unutterable stones and slender figures.

Suddenly we become aware of the fact that the codex has stirred into life. We might say that it speaks the tongue of the age when time was beyond the calendar and that the voice of the ancient bird—Teh stone-curlew's cry which seems to sink like a ship in a storm in circles of stentorean might—issues from its flowery palace which is built higher than that of the quetzal (2) and higher than the bewitched nest of the centzontli (3) it may be even beyond the wise men who lit the mountain where dwell the alabaster goods. . .

(From Rafael Heliodoro Valle's prologue to the author's "Vinnigulasa", published in 1940.

(2) **Quetzal:** The sacred bird of the Aztecs, brilliant feathered and from which the gala attire of the priests and king was made.

(3) **Centzontli:** The mexican mocking-bird. The Aztec word **centzontli** means the bird-of-the-four-hundred-songs.

ZAPOTECES:

I am about to speak, in our most pure Zapotec tongue, one or two words which spin about the Hare. These are words told by our elders to their children while the stone-curlew sang in the outskirts of Juchitán.

The Hare is a small animal, short-tailed, pop-eyed and of savoury meat. He springs from out the grass. 'Tis because of this that the ancients also called him Grass-meat. So, too, even now, some people call the Coyote (1) the Devil's Dog.

No one has yet been able to find out why our

ancestors believed the Hare to be so very intelligent. 'Tis even tiresome to relate the many pranks he played on Coyote; he fooled Alligator, too. He fooled Tiger and all the beasts of the jungle. No more than this need be said; one day his crafty hands worked the trap where Man himself fell.

Now harken, ye children, and list now ye men: thus the children may learn; thus the men may be able to tell this tales to their sons as they sit'neath the moonlight while the stone-curlew sings in the outskirts of Juchitán.

(1) COYOTE: From the Aztec *coyotl*, the Mexican wolf which inhabits the "tierra caliente" or the tropics. The Coyote is a very shy animal with a long, bushy tail and long ears. This animal never attacks man and flees from him on sight.

THE HARE AND THE COYOTE

Translated by
José Vázquez Amaral

Hardly had the Hare met Coyote when already they had become enemies. The jungle of the Isthmus shook more than once with their mighty struggles. More than once too, the jungle itself played an important part in these struggles.

One fine morning when the sun seemed like a green clot beyond the green tapestry of the trees, when the songs of birds were fluttering in the air, Coyote, laden with re-



venge, sought the Hare's footprints upon the ground. Suddenly, he appeared before his very eyes sitting beneath a **gulavere-tree** (1). The sudden encounter and Coyote's nearness made it clear to the Hare that it would be useless to try to escape.

"This time", said Coyote, "I am going to gobble you up beyond the shadow of a doubt!"

"But that is impossible, my good friend",

answered the Hare", because I am sure you will be glad to do as I am doing. Listen: Hidden from our view by those trees there is a school with many children. The beginning and the end of their school-work is marked by the tolling of yon bell hanging from the high limb of the tree". Here the Hare lifted his eyes to show him a hornet's nest swaying its frailness from a limb gently swinging in the breeze. Myself, a man of no mean worth, am in charge of this bell. Oh, what delirious fun it is to hear the chiming of this bell! What joy it is to see the children playing at a thousand games! The girls, for of course there are girls, too, pick flowers and chase butterflies. How beautiful it is to see the girls running across the sparkling grass; they could be taken for butterflies when they are far away! Tell me, Coyote, would you not like to take my place?"

"That would really be very nice indeed", answered Coyote, his tail dancing with joy.

"Well, then, till we meet again".

Hardly had absence taken the Hare away when Coyote felt curiosity tingle in his hands. He immediately set about shaking the trunk of the tree with anxious might.

The limbs shook the leaves and the hornet's nest let fall a cluster of its inmates. A cloud of stings envolved Coyote; running wildly, swollen with pain, he was soon swallowed by the green of the jungle.

"This time I am going to gobble you up beyond the shadow of a doubt!" Thus Coyote threatened the Hare who was sitting at the foot of a hill just as Darkness was lighting the stars upon the sky.

"Halt! Who goes there?" roared the Hare's voice in the clear evening air as he tried to frighten Coyote with a stick he just barely had time to pick up from the ground. "I warn you to come no nearer or I'll shoot!"

The Hare's hostile attitude melted Coyote's threat.

"Pray, what may you be doing here, my good friend Hare?"

"Sh! Come not near! Now, listen", and standing at attention with the make-believe gun at his side, he began in a solemn tone: "You of course ignore what I am about to say: I am mounting guard here. The province is at war with a foreign country and all the citizens are bound to defend it with

their life's blood. Look!" Here he pointed to the nearby hill where the fire-beetles twinkled their flakes of light. Yonder is our headquarters and all the men are on the look out. It won't be long before the enemy will appear and, according to our spies, he is mighty and well equipped. The clash of the two armies is going to be terrific. The clash of the two armies is going to be terrific. The clear streams crossing these fields will be stained with blood and our voices in pain or in rage will drown the murmurs of the jungle. If you long for death, advance and enlist. However, I think it would be wiser if you left this task to adventuresome men like myself. You should return to the sweetness and peace of our fields. Go as far away as you can!

Terror stricken, Coyote thanked the Hare and trotted away in quest of his beloved peace.

A teasing smile shrank the lips of the Hare and, thanking Almighty God, he became smaller as he was lost in the tall grass.

There was a flutter of life among the branches of the tree. It was the Hare swaying the eventide gayly from a gourd-tree. Suddenly a dangerous howl clambered up the trunk and synchronized the tree-top.

"This time I'll gobble you up beyond the shadow of a doubt!"

"Fie, man! Observe how the sapodillas clash their sweet fragrant roundnesses amongst the branches of this tree. They seem to hunger for mouths to taste them. As it is all too clear that you cannot climb in order to reach them and, furthermore, because I am desirous of a good behaviour towards you, I shall let fall some of them from here.

Coyote opened his mouth so wide that this taut cheeks hurt him.

One, two and even three sapodillas did the Hare let fall into his gaping mouth. The green hardnesses tightened in his throat and the choking cough of anger shook him.

The Hare, light as a feather, hopped to the ground and jumped into the night.

The Hare glittered into a thousand eyes in order to take care of himself. One of these eyes reflected Coyote's image just as he was walking upon the bow-like, rocky surface of the hill. Sly and swift, the Hare bent like the bow of the hill against the nearest rock. His arms seemed like two frail stems about to break under the weight of the stony blossom.

"What could you be doing in such a plight, Mr. Hare?" asked Coyote.

"Go wild with fright, dear brother, for this is the knot whence the world may loosen itself into its end if there be no one to hold it fast! 'Tis now two days since I have been stretched at this task and hunger, thirst and sleep struggle mightily against me. Pray, help me just a minute; meanwhile, I shall climb yon hill of the climbing sugar cane". Upon saying this he led Coyote's eyes with his pointing finger towards a bamboo cluster which cast its green lines skyward.

A swishing sound burst upon the wind and Coyote's mouth dribbled in anticipation.

"Oh, what delicious sugar canes must be those being cut for me by the Hare!" he exclaimed as belted strength accrued to his wrists in their struggle with the rock.

Like a scathing blinking of the eye ran the fire started by the Hare at the top of the hill. Coyote, fearful lest the world should come to an end would not move from his post until a flaming tongue scorched his tail.

It is not known upon which mountain-top, on the salty sands of which sea, or upon

the bank of which river of Juchitán, exuberant Catholicism finally reconciled the two traditional enemies. Nor do we know in which month, year or century this happened. It was surprising that all of a sudden they had become friends; bosom friends.

Coyote had been ordained a priest. The Hare, bucolic, preferred to roam over the country, gazing at the sky and the moon as they lit the soft scent issuing from the cornfields.

Resting upon the blue morninglory fence with surrounded his house, breathing the moist air of the afternoon after the rainfall, heedless of the voices of the children chasing the *virishia* (2), Coyote tells the Hare about his coming departure:

"Within a few days I am going to set out for a nearby town where I am wanted as a parish priest. I could not go without you and I wish to take you along as my acolist".

"Very well, then, let us go", answered the delighted Hare.

All along the way plants and trees gave forth their fruit and blossoms. The leafy warbling of the birds escaped from the trees. Now and then, the tender lowing of the cattle broke into the pathways. The two

friends made their way in that sun-whitened morning until they stepped on the liquid lip of the river which bordered the town.

The opposite bank was all agog with the hubub of joy. In the houses, the sharp edges of the cutlasses hung wrapped in their sheaths because the men had not gone out to the fields.

"Mark, my good friend Hare, the great joy of the town on account of our arrival. The music embodied in gay pennants floats on the smoking reports of the sky-rockets. No wonder I wanted you to come".

A fine film of water was moistening the Hare's legs and he would walk no more.

"Now listen, Coyote, the river is wide and deep and I am a small man who knows not the art of swimming. Bear me across upon your powerful back".

Horse and horseman were met half-way across the river by the sharp shouting of the townsmen.

"What a most youthful priest comes to our church!"

"How small and graceful in body!"

Stiff with hesitation, Coyote stopped for a split second in the middle of the rushing stream.

"Never mind, my friend, decided the crafty Hare; keep on swimming and we shall explain later".

The Hare hopped down from his carrier's back and a tumult of linen and muslin (3) wrapped him in glory. The solemn voice ordered that his mount should be led away and given the best and most abundant pasture.

Nobody would listen to Coyote's explanations as he spurned the ground with his four legs and cursed at the taut end of a rope.

Coyote remained captive as long as anger could not gnaw his freedom from the rope. But, as soon as the Hare learned about Coyote's escape, he sent a crier through the town to enjoin the good people to seize and beat without mercy any suspicious stranger who should be seen skulking about the parish. Meanwhile, Coyote, who knew nothing about this disposition because he had been hiding in the jungle, approached the object of his revenge just as night was falling on the town. The neighbours who met him carried out the good priest's sentence.

The moon flooded the shadows of the night. Lost in the wide top of the jungle, the **centzontli** shook a chiming tropical bell-fry. Coyote, lonesome, was seen to trudge

mile after mile of dusty road. Behind him his bushy tail erased his footprints one after the other.



(1) **Gulavere**: tree whose fruit in bunches resembles transparent grapes. These "grapes" contain a gum, sweet sometimes, of excellent quality.

(2) **Virishia**: winged ants.

(3) The men of the Isthmus of Tehuantepec dress

in white. The women dress in black, red, purple or cherry-colored muslin. Even now some of our women wear an "enredo" (a sort of Indian skirt worn loosely) and happily so, for it is more traditional. The huipil (an Indian blouse) is made of muslin, too.